

Capítulo 1

15 de agosto

La escritora Ingela Dufva fue la primera que se atrevió a acercarse al árbol y comprendió que el hombre estaba muerto. Eran las once y media de la mañana. El cadáver olía mal y las moscas y los mosquitos revoloteaban a su alrededor. Ingela Dufva no fue del todo sincera cuando dijo, un poco más tarde, que había algo conmovedor en aquella persona.

El hombre había vomitado y había tenido una fuerte diarrea. Ella, más que conmoverse, se sintió llena de malestar y tuvo miedo ante su propia muerte. Tampoco los policías que se personaron en el lugar quince minutos después, Sandra Lindvall y Samir Eman, vieron nada sobrecogedor en esa imagen; más bien consideraron aquella misión como un castigo.

Le hicieron fotos al hombre e inspeccionaron los alrededores, aunque no llegaron a acercarse

hasta la pendiente que quedaba un poco más abajo de Zinkens väg, donde se encontraba la botella de alcohol medio vacía y con una capa como de grava en el fondo. Si bien ninguno de los dos agentes pensaba que aquello oliera a asesinato, examinaron a conciencia la cabeza y el tórax del fallecido. No detectaron ninguna señal de violencia ni ningún indicio de que la muerte se hubiera producido en circunstancias sospechosas —aparte, si acaso, de la espesa baba que le caía de la boca—, por lo que, tras hablar por teléfono con sus superiores, decidieron no acordonar el lugar.

Mientras esperaban a que acudiera una ambulancia para llevarse el cadáver, registraron los bolsillos del voluminoso plumas. Encontraron un montón de servilletas de las que se dan en los puestos de salchichas, varias monedas, un billete de veinte coronas y un tíquet de compra de una tienda que vendía material de oficina en Hornsgatan. Sin embargo, no hallaron ningún carnet ni ningún otro documento identificativo.

Aun así, creyeron que sería fácil identificar al hombre, porque sus rasgos resultaban inconfundibles. Sin embargo, ésa era, como tantas otras, una hipótesis errónea. En el Centro de Medicina Forense de Solna, donde se realizó la autopsia, le hicieron unas radiografías de la dentadura. Pero ni éstas ni las huellas digitales concordaban con las de ninguna persona que figurara registrada en los

archivos policiales. Después se enviaron una serie de pruebas para su correspondiente análisis al Centro Nacional de Medicina Forense, donde a la doctora Fredrika Nyman se le ocurrió comprobar —a pesar de que en absoluto formaba parte de sus obligaciones— algunos números de teléfono que aparecían en un papel, hecho una bola, que se había hallado en uno de los bolsillos del pantalón del fallecido hecho una bola.

Uno de esos números era el de Mikael Blomkvist, el periodista de la revista *Millennium*, un hecho al que en un principio no le prestó mayor atención. Pero luego, esa misma tarde, justo cuando acababa de enzarzarse en una fuerte discusión con una de sus hijas adolescentes, se acordó de que sólo en el último año había realizado las autopsias de tres cuerpos a los que habían tenido que enterrar sin nombre, y entonces maldijo todo aquello; maldijo eso y la vida en general.

Tenía cuarenta y nueve años y era madre soltera de dos niñas. Sufría de dolores de espalda e insomnio y a veces la asaltaba el sentimiento de que todo carecía de sentido. De pronto, sin saber muy bien por qué, se le ocurrió llamar a Mikael Blomkvist.

Sonó el teléfono. Se trataba de un número desconocido, de modo que Blomkvist no quiso cogerlo.

Acababa de salir de su casa y estaba bajando por Hornsgatan en dirección a Slussen y Gamla Stan, aunque sin mucha idea de adónde ir. Llevaba unos pantalones de lino gris y una camisa vaquera sin planchar, y durante un buen rato no hizo más que deambular de un lado para otro entre las callejuelas del casco antiguo, hasta que se sentó en una terraza de Österlånggatan y pidió una Guinness.

Eran ya las siete de la tarde, pero todavía hacía calor, y desde Skeppsholmen se oían risas y aplausos. Levantó la mirada al cielo azul mientras disfrutaba de la suave brisa marina que corría y trató de convencerse de que la vida, a pesar de todo, no estaba tan mal. No tuvo demasiado éxito en su intento, y tampoco es que tomarse una cerveza o dos lo ayudara mucho. Acabó musitando algo, pagó y se dispuso a regresar a casa para continuar trabajando o para evadirse del mundo con una serie de televisión o una novela negra.

Pero un segundo después ya había cambiado de opinión y, dejándose guiar por una repentina ocurrencia, enfiló rumbo a Mosebacke y Fiskargatan. En el número nueve de Fiskargatan vivía Lisbeth Salander. No albergaba grandes esperanzas de encontrarla en casa. Tras la muerte de su viejo tutor, Holger Palmgren, había viajado por Europa, y sólo de forma esporádica había contestado a los correos y mensajes de Mikael. Aun así, más que nada para probar suerte, decidió pasar por su piso, de

modo que subió la escalera que ascendía desde la plaza y, al llegar arriba, se sorprendió al ver la fachada del edificio que había frente a la casa de Lisbeth. Toda la pared se encontraba cubierta por un nuevo y enorme grafiti. Se trataba de un dibujo que incitaba a adentrarse en él y desaparecer, lleno de detalles surrealistas; entre otros, un pequeño y curioso hombre descalzo y vestido con unos pantalones de cuadros escoceses que estaba de pie en un vagón verde de metro.

Mikael no se detuvo a mirarlo, marcó el código del portal y entró en el ascensor. Se quedó contemplándose fijamente en el espejo. No es que se le notara mucho que el verano estuviera siendo caluroso y soleado. Se vio pálido y ojeroso. Volvió a pensar una vez más en el reportaje sobre la caída de la bolsa con el que había estado bregando todo el mes de julio. Era una historia importante, de eso no había duda: una caída que no sólo se había producido por exageradas valoraciones y desmedidas expectativas, sino también por ataques de *hackers* y campañas de desinformación. Pero ahora todo periodista de investigación que se preciara se hallaba indagando en la historia y, aunque él había averiguado algunas cosas —entre otras, cuál de las fábricas de troles rusas había difundido las mentiras más gordas—, tenía la sensación de que el mundo podía arreglárselas muy bien sin sus aportaciones. Debería cogerse unos días libres y empezar a hacer

ejercicio, y quizá también ocuparse más de Erika, ahora que se estaba divorciando de Greger.

Cuando el ascensor se detuvo, abrió la reja y salió mientras se convencía, cada vez más, de que la visita sería infructuosa. Seguro que Lisbeth se encontraba de viaje, pasando totalmente de él. Acto seguido, empezó a preocuparse; la puerta del piso se hallaba abierta de par en par y, de repente, se apoderó de él el miedo que había estado persiguiéndolo todo el verano: que los enemigos de Lisbeth consiguieran dar con ella. Entró a toda prisa en la casa mientras gritaba: «¡Hola, hola... ¿Hay alguien?!». Allí olía a pintura y a detergente.

De pronto, se detuvo en seco. Oyó unos pasos a su espalda. En la escalera, alguien jadeaba y resoplaba como un toro. Se dio la vuelta y se topó con dos fornidos hombres embutidos en sendos monos azules. Cargaban con un objeto grande. Mikael sufrió tal desconcierto que fue incapaz de interpretar la escena de forma normal y corriente.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—¿Usted qué cree?

Parecían trabajadores de una empresa de mudanzas. Cargaban con un sofá azul, un nuevo y elegante mueble de diseño, y no es que Lisbeth —si alguien lo sabía, ése era él— tuviera mucha debilidad por las cosas relacionadas con el diseño ni por la decoración de interiores. Estaba a punto de decirles un par de palabras cuando, desde den-

tro del piso, oyó una voz. Por un momento pensó que era la de Lisbeth y se le iluminó la cara. Vanas ilusiones, sin duda, pues aquella voz no se parecía en absoluto a la suya.

—¡Pero qué visita tan grata! ¿A qué debo el honor?

Se volvió de nuevo y se encontró frente a una mujer negra muy alta, de unos cuarenta años de edad, que lo observaba con una mirada pícara. La mujer llevaba vaqueros y una elegante blusa gris. Tenía el pelo lleno de trenzas y unos brillantes ojos ligeramente achinados. Mikael se quedó mucho más desconcertado. ¿No la conocía de algo?

—No, no... —tartamudeó—. Es que...

—¿Es que qué...?

—Me he equivocado de planta.

—¿O es que no sabes que la joven que vivía aquí ha vendido la casa?

No, no lo sabía, y se sintió incómodo, sobre todo porque la mujer seguía sonriendo, de manera que experimentó más bien alivio cuando ella se acercó a los de la mudanza para asegurarse de que no golpearan el sofá con el marco de las puertas y, tras entrar con ellos en la casa, desapareció. Mikael deseó marcharse de allí para intentar asimilar todo aquello, serenarse y tomar otra pinta de Guinness. Aun así, no se movió: permaneció como paralizado mientras, de reojo, miraba el nombre que figuraba en el buzón de la puerta. Allí ya no ponía

V. KULLA, SINO LINDER. ¿Quién coño era Linder? Cogió el móvil, buscó el nombre en Internet y, de inmediato, la mujer que acababa de conocer apareció en la pantalla.

Se trataba de Kadi Linder, psicóloga, miembro de varias juntas directivas de importantes empresas. Se quedó pensando en ella —en lo poco que sabía—, pero sobre todo pensó en Lisbeth. Y cuando Kadi Linder volvió a aparecer por la puerta, él no había conseguido serenarse. Ahora la sonrisa no sólo era pícara, sino también inquisitiva. Mikael esquivó su mirada. La mujer olía ligeramente a perfume y era esbelta, de muñecas delgadas y clavículas marcadas.

—Bueno, dime: ¿de verdad te has equivocado?

—Prefiero no contestar a esa pregunta —dijo al tiempo que se percataba de que no era una buena respuesta.

Pero, por la sonrisa de la mujer, comprendió que ella ya lo había calado, que se había dado cuenta de que deseaba salir de aquella situación de la mejor manera posible. Nada le haría revelar que Lisbeth había vivido en esa casa bajo una identidad falsa, con independencia de lo que Kadi Linder pudiera saber.

—Pues no es que eso mitigue mucho mi curiosidad —replicó ella.

Definitivamente, no estaba dispuesto a responderle, y para quitarle hierro al asunto se rio, como si aquello careciera de importancia.

—Entonces ¿no has venido para investigarme?
—prosiguió la mujer—. Esta casa no es muy barata que digamos...

—A no ser que le hayas cortado la cabeza a algún caballo para dejársela a alguien sobre la cama, no; puedes estar muy tranquila.

—Es cierto que no me acuerdo de todos los detalles de las negociaciones, pero me parece que no había ninguna cabeza de caballo involucrada, no.

—Genial. Entonces te deseo muy buena suerte
—contestó con una fingida soltura para, acto seguido, pensar en marcharse con los hombres de la mudanza, que en ese momento salían del piso.

Pero Kadi Linder, que se toqueteaba con nerviosismo los botones de la blusa y las trenzas, quería, a todas luces, continuar hablando. Mikael se dio cuenta de que lo que él había interpretado como una irritante autoconfianza era, en realidad, una fachada que ocultaba una cosa bien distinta.

—¿La conoces? —preguntó ella.

—¿A quién?

—A la que vivió aquí.

Él le devolvió la pregunta.

—¿Y tú? ¿La conoces?

—No —dijo—. Ni siquiera sé cómo se llama. Pero me cae bien.

—¿Y eso?

—A pesar de todo ese caos que se produjo en la bolsa, las negociaciones se convirtieron en una ca-

rrera al mejor postor bastante loca, y yo no tenía ninguna oportunidad de seguir pujando hasta esas sumas de dinero a las que se llegó, de modo que tiré la toalla. Y, aun así, me quedé con el piso, ya que «la joven dama», tal y como el abogado la llamaba, así lo deseaba.

—Qué curioso.

—¿A que sí?

—Tal vez hicieras algo que le gustó a la joven dama...

—Bueno, si por algo soy conocida es por haberme peleado con los tíos de los consejos de administración de más de una empresa.

—Pues es muy probable que eso le gustara.

—Sí, quizá. ¿Me dejas que te invite a una cerveza para inaugurar la casa? Así me cuentas... He de decirte...

Ella volvió a dudar.

—... que me encantó tu reportaje sobre los gemelos. Me pareció muy conmovedor.

—Gracias —contestó Mikael—. Muy amable. Pero tengo que irme.

Ella asintió con la cabeza y él consiguió pronunciar un «adiós». Por lo demás, apenas recordaba cómo logró marcharse de allí; lo único que recordaba era haber salido al sol de aquella veraniega tarde. En absoluto reparó en el hecho de que en el portal hubieran instalado dos nuevas cámaras de seguridad ni tampoco en que por el cielo, justo en-

cima de él, pasara un globo aerostático. Se limitó a cruzar la plaza de Mosebacke y continuar bajando hacia Urvädersgränd, y no aminoró la marcha hasta que llegó a Götgatan, donde tuvo la sensación de que le flaqueaban las fuerzas. Y eso que lo único que había sucedido era que Lisbeth se había mudado, una noticia que debería haber recibido con satisfacción, pues ahora estaría mucho más segura. Sin embargo, en lugar de alegrarse, lo encajó como si le hubieran dado una bofetada, cosa que, por supuesto, resultaba absurda.

Ella era Lisbeth Salander. Era como era. No obstante, se sintió herido. Al menos podría haberle insinuado algo. Volvió a coger el móvil para enviarle un mensaje, una pregunta, pero lo dejó estar. Llegó hasta Hornsgatan y vio que los más jóvenes ya habían empezado a correr en la Carrera de Medianoche. Se quedó mirando boquiabierto a todos los padres que gritaban animando a sus hijos, como si la alegría que manifestaban le resultara incomprensible, y tuvo que esforzarse por encontrar un hueco y cruzar la calle sorteando a los corredores. Al subir hacia Bellmansgatan, los pensamientos seguían sin dejarlo en paz, y se le vino a la mente la última vez que vio a Lisbeth.

Fue en el restaurante Kvarnen, la noche posterior al entierro de Holger Palmgren, y a ninguno de los dos le resultó fácil dar con algo que decir, cosa que, por otra parte, no era especialmente sor-

prendente. Lo único que recordaba de ese encuentro era la respuesta de Lisbeth a su pregunta:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a ser la cazadora, no la presa.

«La cazadora, no la presa.»

Intentó que se lo explicara. No lo consiguió. Y se acordó de cómo, después, ella desapareció atravesando Medborgarplatsen, vestida con un traje negro hecho a medida que le daba un aire de niño enfadado que, a regañadientes, había tenido que aceptar arreglarse para una celebración festiva. No había pasado tanto tiempo. Fue a principios de julio. Pero a Mikael se le antojó lejano y, según se iba acercando a casa, pensó en eso y en otras cosas. Se encontraba ya bien acomodado en el sofá, con una Pilsner Urquell en la mano, cuando el teléfono volvió a sonar.

Era una médica forense llamada Fredrika Nyman.

Capítulo 2

15 de agosto

Lisbeth Salander estaba sentada en la habitación de un hotel de la plaza del Manège de Moscú, viendo en su ordenador portátil cómo Mikael salía del portal de Fiskargatan. No andaba con su habitual porte, más bien parecía como perdido, y Lisbeth sintió una punzada de algo que no supo cómo interpretar con exactitud pero que tampoco le interesaba analizar más a fondo en ese momento. Se limitó a levantar la vista de la pantalla para mirar la enorme cúpula de cristal que brillaba allí fuera con sus múltiples colores.

La ciudad que hacía tan sólo un momento la había dejado indiferente ahora la atraía. Sopesó la posibilidad de pasar de todo y salir por ahí a emborracharse. Toda una estupidez, por supuesto. Debía seguir siendo disciplinada. Llevaba un tiempo viviendo prácticamente pegada a la pantalla del ordenador, sin apenas dormir. Aun así, por para-

dójico que pudiera resultar, ofrecía un aspecto mucho más aseado, como hacía tiempo que no tenía. Ahora llevaba el pelo corto. Los *piercings* habían desaparecido y vestía una camisa blanca y un traje negro, como en el entierro de Holger. En realidad no lo hacía para honrarlo a él, sino porque se había convertido en una costumbre y porque quería llamar menos la atención.

Había decidido atacar primero y no esperar como una presa perseguida agazapada en un rincón. Por eso se había ido a Moscú, y por eso había hecho instalar cámaras de seguridad en su casa de Fiskargatan, en Estocolmo. No obstante, el precio que tuvo que pagar fue más alto de lo que había imaginado. No sólo por haber removido su pasado y no pegar ojo por las noches, sino también porque el enemigo se ocultaba tras cortinas de humo y complejísimos encriptados, de modo que se vio obligada a dedicar horas y horas a limpiar su propio rastro. Vivía como una fugitiva, y nada de lo que buscaba le resultaba fácil de encontrar. Y hasta ahora, tras más de un mes de trabajo, no había sentido que estuviera cerca de lograr su objetivo. Aunque no era fácil saberlo con seguridad, y a veces se preguntaba si tal vez el enemigo, a pesar de todo, no iría un paso por delante.

Ese mismo día, mientras inspeccionaba el terreno y preparaba la operación, se había sentido vigilada, y en más de una ocasión, por las noches,

la habían inquietado los ruidos que llegaban desde el pasillo del hotel, especialmente los que se producían cuando pasaba un hombre —estaba segura de que se trataba de un hombre— que tenía una disimetría en el andar, una irregularidad en los pasos que, a menudo, se ralentizaban al llegar a la altura de la puerta de Lisbeth, como si se parara a escuchar.

Echó para atrás la grabación. Mikael Blomkvist volvió a salir del portal de Fiskargatan con cara de perro triste, y Lisbeth se quedó pensando en ello mientras miraba por la ventana. Unas oscuras nubes que amenazaban lluvia pasaron sobre la Duma en dirección a la plaza Roja y al Kremlin. Parecía que se avecinaba una buena tormenta, lo que quizá fuera lo mejor. Lisbeth se levantó y pensó en meterse bajo la ducha o darse un baño. Se contentó con cambiarse de camisa. Escogió una negra. Le pareció una elección acertada. Y de un compartimento secreto de su maleta sacó su Cheetah, una pistola Beretta que había comprado al día siguiente de llegar a Moscú. La introdujo en la funda que llevaba debajo de la chaqueta y miró a su alrededor.

Aquella habitación no le gustaba, ni el hotel tampoco. Le resultaba demasiado lujoso y hortera, y por sus salones no sólo deambulaban hombres como su padre, auténticos cabrones con amantes y súbditos a quienes trataban como si fuesen de su

propiedad; además, había ojos que también la miraban a ella, y palabras que podían salir de allí y llegar a oídos de los servicios de inteligencia o de los gánsteres. A menudo se quedaba sentada, como ahora, con los puños apretados, como preparada para entrar en combate en cualquier momento.

Se dirigió al baño y se echó agua fría en la cara. No ayudó gran cosa. A causa del insomnio y del dolor de cabeza, sentía tensión en la frente. ¿Debía marcharse ya? Sí, eso sería lo mejor. Aguzó el oído. En el pasillo no se oía nada, así que salió. Se alojaba en la vigésima planta. Delante de los ascensores, que no quedaban muy lejos de su habitación, había un hombre de unos cuarenta y cinco años esperando. Tenía el pelo corto y era atractivo. Llevaba vaqueros, cazadora de cuero y, al igual que ella, una camisa negra. A Lisbeth le sonaba su cara. Había algo raro en sus ojos: brillos y destellos de distinta intensidad y diferentes colores. Pero no le prestó mayor atención.

Con la mirada gacha, bajó en el ascensor junto a aquel hombre. Salió al vestíbulo y luego a la plaza, donde alzó la vista hacia la enorme cúpula de cristal que brillaba en la oscuridad con su mapamundi giratorio. Por debajo de ésta había un centro comercial de cuatro plantas y, coronándola, una estatua de bronce de san Jorge y el dragón. San Jorge era el patrón de la ciudad y se lo veía por doquier, siempre blandiendo su espada. A veces

Lisbeth, en un gesto protector hacia su propio dragón, se llevaba la mano al omoplato. Y de vez en cuando se tocaba una vieja herida de bala que tenía en el hombro y la cicatriz de una cuchillada que le habían dado en la cadera. Era como si quisiera recordar todo aquello que le dolía.

Pensó en incendios y en catástrofes, y en su madre, al tiempo que intentaba que las cámaras de seguridad no la captaran. Por eso caminaba tensa y con paso irregular mientras, apresurada, se dirigía hacia el bulevar Tverskoi, la gran avenida, con sus parques y jardines, y no se detuvo hasta que llegó a Versailles, uno de los restaurantes más elegantes de la ciudad.

Era un sitio parecido a un palacio barroco, con columnas y ornamentos de oro y cristal, un absoluto pastiche del siglo xvii. No había nada que Lisbeth deseara tanto como largarse de allí; sin embargo, esa noche iba a celebrarse en aquel lugar una fiesta a la que acudirían los más ricos de la ciudad. Ya desde lejos pudo ver los preparativos. De momento no habían llegado más que unas cuantas mujeres jóvenes y guapas, sin duda prostitutas contratadas, pero el personal trabajaba sin descanso dando los últimos retoques. Lisbeth se acercó y, entonces, divisó al anfitrión.

Se llamaba Vladimir Kuznetsov y se hallaba en la entrada vestido con un esmoquin blanco y unos zapatos de charol. Aunque no era muy mayor,

apenas cincuenta años, se parecía al mismísimo Papá Noel, con su pelo blanco, su barba y una buena barriga que contrastaba con sus delgadas piernas. Oficialmente, su historia era como las que se ven en las típicas películas con final feliz: un chorizo de medio pelo que cambia de bando y que se convierte en un cocinero de éxito especializado en filete de oso y salsa de setas. En realidad, capitaneaba una serie de fábricas de troles que producían falsas noticias, las más de las veces con un tinte racista. Kuznetsov no sólo había sembrado el caos e influido en elecciones políticas, sino que también tenía las manos manchadas de sangre.

Había creado las condiciones propicias para que se cometieran genocidios y había convertido el odio en un negocio importante, así que el simple hecho de verlo en la entrada fortaleció a Lisbeth, quien rozó su Beretta, metida en la funda, mientras miraba a su alrededor. Kuznetsov se mesaba la barba con nerviosismo. Iba a ser su gran noche, y allí dentro se hallaba tocando el cuarteto de cuerda que más tarde —sabía Lisbeth— sería sustituido por la banda de jazz Russian Swing.

Ante la entrada se extendía una alfombra roja bajo un toldo negro. La alfombra estaba delimitada por cuerdas y guardaespaldas. Éstos se encontraban muy cerca unos de otros, llevaban trajes grises y pinganillos en los oídos e iban todos armados. Kuznetsov consultó su reloj. Aún no había

aparecido ningún invitado. Quizá se tratara de una especie de juego: nadie quería ser el primero.

Sin embargo, en la calle ya se agolpaba mucha gente, cientos de personas que deseaban ver llegar a los invitados. Al parecer, se había difundido la noticia de que unos cuantos peces gordos harían acto de presencia, y eso era bueno, creía Lisbeth. Así pasaría desapercibida. De pronto empezó a llover, chispeando al principio para luego hacerlo a cántaros. Un relámpago iluminó el cielo. Al resonar un fuerte trueno, la gente comenzó a dispersarse. Sólo permanecieron en el lugar algunos valientes provistos de paraguas. Poco tiempo después llegaron las primeras limusinas con los invitados. Kuznetsov los saludaba y les hacía reverencias mientras, a su lado, una mujer iba tachando los nombres en un pequeño cuaderno negro. Poco a poco, el restaurante se llenó de hombres de mediana edad y de muchas jóvenes.

Lisbeth oyó cómo el murmullo procedente del interior se mezclaba con la música del cuarteto de cuerda y fue identificando a algunos de los personajes con los que se había topado en su investigación. Reparó en cómo los movimientos y la expresión de Kuznetsov cambiaban en función de la importancia y del estatus de quienes llegaban. Los invitados recibían la sonrisa y la reverencia que él consideraba que merecían, y a los más distinguidos los obsequiaba, además, con una broma, si

bien es cierto que por lo general era Kuznetsov el que más se reía.

Sonreía y dejaba escapar algunas risitas zalame-
ras, como un bufón. Lisbeth se quedó mirando
aquel espectáculo, atarida y totalmente empapada;
es posible, incluso, que aquello la dejara demasiado
absorta, porque uno de los guardias reparó en ella
y, con la cabeza, le hizo un gesto a un compañero,
lo cual no era nada bueno, en absoluto. Ella fingió
marcharse de allí, pero lo que en realidad hizo fue
refugiarse en un portal cercano, y entonces se dio
cuenta de que sus manos estaban temblando, aun-
que no creía que se debiera a la lluvia ni al frío.

Se encontraba en estado de máxima tensión.
Sacó el móvil para comprobar que todo estaba
preparado. El ataque debía realizarse a la perfec-
ción, cronometrada. Si no, estaría perdida.
Y lo repasó todo en su cabeza una, dos y hasta tres
veces. Pero el tiempo se le iba de las manos y poco
a poco fue perdiendo la esperanza. La lluvia no
paraba de caer y allí no pasaba nada; aquello em-
pezaba a asemejarse a otra oportunidad perdida.

Parecía que ya habían llegado todos los invita-
dos. Incluso Kuznetsov entró, y entonces ella se
acercó con mucho cuidado y se asomó. La fiesta ya
estaba en marcha. Los hombres habían empezado
a beber con desenfreno, un vodka tras otro, y a
meterles mano a las chicas. Lisbeth decidió regre-
sar al hotel.

Pero justo en ese instante una limusina más se detuvo frente a la entrada. Una de las mujeres que estaban en la puerta entró corriendo en busca de Kuznetsov, quien salió del restaurante con pasos torpes y lentos, la frente sudorosa y una copa de champán en la mano. Entonces, Lisbeth decidió quedarse un rato más. Al parecer, se trataba de alguien importante; se notaba en los guardias, en la inquietud que se respiraba de pronto en el ambiente y en la cara de tonto que se le había puesto a Kuznetsov. Lisbeth se introdujo en el portal. Pero nadie descendió de la limusina.

Ningún chófer salió bajo la lluvia para abrirle la puerta a nadie. El coche se limitó a permanecer allí. Kuznetsov se atusó el pelo, se colocó bien la pajarita, se secó la frente, metió barriga y apuró su copa. Y, en ese instante, Lisbeth dejó de temblar. Advirtió que había algo en la mirada de Kuznetsov, algo que conocía demasiado bien, y sin demorarlo ni un segundo más puso en marcha su ataque *hacker*.

Después se metió el móvil en el bolsillo y dejó que los códigos de los programas trabajaran por sí solos mientras barría los alrededores con la mirada y registraba fotográficamente cada detalle: el lenguaje corporal de los guardaespaldas que se habían dispuesto a lo largo de la alfombra roja, lo cerca que estaban sus manos de las armas y los huecos que había entre los hombros de cada uno

de ellos, así como las irregularidades y los charcos de la acera que tenía enfrente.

Lisbeth permaneció quieta contemplándolo todo, casi en estado catatónico, hasta que el chófer salió de la limusina, abrió un paraguas y, acto seguido, una de las puertas traseras. Entonces Lisbeth se acercó con pasos felinos y con la mano en la pistola que llevaba por debajo de la chaqueta.